



Erased una vez un pintor japonés con un alma llena de sensibilidad y secretos, pero que sólo pudo darles forma, sólo alcanzó su plenitud de ser, a partir de 1974, cuando a sus 40 años, vino a España y se quedó a vivir en la ciudad de Granada 21 años. Su vida errante y su comportamiento austero y desinteresado encontraron en nuestro país un mundo que traspasó a su pintura, sobre todo gracias a la influencia enorme que en él ejercieron dos de nuestros grandes pintores, Velázquez y especialmente Goya.

Lo curioso es que a través de otras obsesiones fue creando su originalísima pintura desde una modesta casa del barrio del Albaicín. Y aquí se dio en él ese proceso interior que conformó su vida, el que Jung reconocía como «proceso de individuación»: aquel que cada ser humano llega a ser lo que tiene que ser en su vida para realizarla, para llegar a la plenitud de ser. Visitó otros lugares del sur andaluz. Fusión e identificación con las raíces de los pueblos, sus paisajes y sus gentes.

Su labor creativa la ejerció teniendo cerca la música de dos

ARMONIZANDO
ANTONIO COLINAS
POETA

TOSHIMA YASUMASA



compositores que amó: Beethoven y Juan Sebastian Bach. ¿Dualidad también en sus preferencias musicales: la pasional y arrebatada de uno y la armoniosa del otro? Cuando Toshima muere en 2006, tras su regreso a Japón, la música que sonó en su funeral fue la de 'La Pasión según San Mateo' de Bach. Pero lo más sorprendente de su identificación con España fue la admiración que sintió hacia Miguel de Unamuno, del cual poseía una edición de su Obra Completa.

Ahora la Casa Hispano-Japonesa de Salamanca funde los nombres de Toshima y Unamuno en una exposición que ha traído la Galería

Conmemorativa Toshima Yasumasa de Tokio, que dirige un sensible mecenas, Shigyo Sosyu, amigo del pintor en sus últimos años y que codirige su hija Shigyo Mayumi, que asistió a la inauguración de la exposición. Sosyu protegió la obra del pintor hasta el punto de que adquirió 800 de las obras de Toshima, con las que él se había negado en comercializar en vida, y creó el museo que las recoge.

Había nacido «una amistad para 100 años», declaró Sosyu, con una persona que «encontró en Unamuno lo mejor del alma española». Ahora una valiosa selección de sus cuadros llegan a

Salamanca y en la sala se ven acompañados no sólo por la paleta y los pinceles del pintor, sino por la presencia de Unamuno y gracias a su Casa-Museo, en fotografías, documentos y curiosos libros en torno a la cultura japonesa a los que sorprendentemente el Rector de Salamanca se aproximó en vida.

La obra pictórica de Toshima nos plantea un gran tema muy esencial del pensamiento primitivo oriental: el de la extrema dualidad, que el artista representó con una fuerte lucha entre el blanco y el negro, entre dos colores que no pueden ser más opuestos. Mas en los cuadros de Toshima siempre vence el negro. El negro lo invade todo, ya desde los títulos hasta el contenido de las obras, en las que paisajes, casas, rostros humanos se ven absorbidos por una intensidad negra, negadora, absoluta. Levemente, en alguno de los cuadros, asoman los blancos, pero la victoria es siempre del negro. Sólo en dos cuadros de la muestra aparecen otros colores: unos verdes y violáceos anunciadores de la primavera y un retrato, 'Pasión', invadido por desbordados colores rojos y cárdenos.

La exposición ofrece algunas fotos del pintor, o sobre el pintor, que nos revelan esa austeridad radical de su vida, centrada no sólo en el pintar sino en esa tarea tan humilde de pescar cuando se encontraba junto al mar de Málaga. «Cuando veo la orilla del mar, al pescar –escribió Toshima,– me olvido del estado del viento. Contemplo tal vez vagamente, pero veo a veces cómo los paisajes se funden». La contemplación: algo primordial en este artista. Contemplación doble: hacia el exterior, pues sus ojos metamorfoseaban cuanto veían, e interior, donde hallaba ese mundo negro lleno de secretos, muestra a la vez de su hondo y turbador humanismo. Tokio-Salamanca, Toshima-Unamuno, nombres que remiten a otra dualidad en la que los humanos se debaten y que en Toshima y en nuestro escritor se debatieron en un combate de sentimientos y de pensamientos ejemplares. La traducción de 'El Cristo de Velázquez' de Unamuno, debida a la hispanista Misaki Abe, es como el punto final –precioso– de esta muestra tan original como sugestiva para el diálogo entre dos grandes culturas.